

Una guía de Nueva York recoge las huellas dejadas por los catalanes en Manhattan

PAU VIDAL, **Barcelona**

Todo el mundo sabe que muchos catalanes universales acudieron a Nueva York a dar mayor resonancia a sus creaciones: Xavier Cugat y su música, Josep Lluís Sert y sus pinturas; Dalí, Montserrat Caballé, José Carreras, etcétera. Pero lo que ya no es tan conocido es que la cobertura del metro de la ciudad, de la Gran Estación Central, la cúpula de la catedral Saint-John Le Divine y muchos otros edificios de Manhattan fueron diseñados y construidos por Rafael Guastavino, un arquitecto nacido en Valencia en 1842 y formado en Barcelona que exportó a Estados Unidos la técnica llamada de la "bóveda catalana", revolucionario método constructivo muy eficaz para prevenir incendios y, a la vez, abaratar costes. Además de él, otros catalanes anónimos han hecho historia en la capital del nuevo mundo, como el gánster Vicenç Coll, nacido en el Penedès, acaparador de portadas del *New York Times* hasta su asesinato a tiros en 1932, a los 23 años de edad.

De seguir el rastro de sus hazañas se ha ocupado el periodista Carles Capdevila, que residió en la ciudad de los rascacielos entre 1992 y 1994 y que ahora presenta el fruto de sus pesquisas en *Nova York a la catalana* (La Campaña). El autor explica: "El libro no tiene voluntad exhaustiva,

puesto que eso sería más bien trabajo de historiador. Lo que pretende es servir como segunda guía, es decir, como propuesta de recorrido histórico por Nueva York para el que ya la ha visitado al menos una vez y conoce el primer recorrido turístico".

La búsqueda arranca en 1874, año de la publicación de la revista *La llumanera de Nova York*, la primera huella palpable de la presencia catalana en la ciudad. A partir de entonces, muchos nombres ilustres han dejado muestra de su paso, desde el tapiz de Joan Miró en las Torres Gemelas a los cuplés de Raquel Meller o las sardinas fritas que le valieron a Carmen Amaya la expulsión del hotel donde se alojaba.

Por lo que respecta a los residentes establecidos (pasteleros, restauradores, pintores), Capdevila precisa: "Los catalanes no forman colectivos, sino que tratan de integrarse en la vida de su nuevo entorno, por lo que no se puede hablar de una comunidad catalana emigrada, como en el caso de los gallegos o los italianos". Como ejemplo de las ventajas de este carácter individualista cita el caso de los corresponsales de prensa de los medios españoles, catalanes en su mayoría, "porque", aclara Capdevila, "suelen adaptarse mejor a la dureza de la soledad que impone una metrópolis como ésta".